

bra, y al desierto, que en ecos solamente devolvía su nombre. A la orilla del abismo cubierto por los rosales, en cuyo fondo informe y oscuro blanqueaban las tinieblas y tronaba el río, un pensamiento criminal estancó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente...

Alguien de quien me ocultaban los rosales, pronunció mi nombre cerca de mí; era Tránsito. Al aproximarse, debió producirle espanto mi rostro, pues por unos momentos permaneció asombrada. La respuesta que la di a la súplica que me hizo para que dejara aquel sitio, le reveló quizá en su amargura todo el desprecio que en tales instantes sentía por la vida. La pobre muchacha se puso a llorar sin insistir en el momento; pero reanimada, con la voz doliente de una esclava quejosa:

—¿Tampoco quiere ver a Braulio ni a mi hijo?

—No llores, Tránsito, y perdóname—la dije.—

¿Dónde están?

Ella estrechó una de mis manos, sin haber enjugado todavía sus lágrimas, y me condujo al corredor del jardín, en donde su marido me esperaba. Después que Braulio recibió mi abrazo, Tránsito puso en mis rodillas un precioso niño de seis meses, y arrodillada a mis pies, sonreía a su hijo y me miraba, complacida, acariciar el fruto de sus inocentes amores.

LXIV

¡Inolvidable y última noche pasada en el hogar donde corrieron los años de mi niñez y los días felices de mi juventud! Como el ave, impelida por el huracán a las pampas abrasadas, intenta en vano segar su vuelo hacia el umbroso bosque nativo, y ajados ya los plumajes, regresa a él después de la tormenta y busca inútilmente el nido de sus amores revoloteando en torno del árbol destrozado, así mi alma abatida va en las

horas de mi sueño a vagar en torno del que fué el hogar de mis padres.

Frondosos naranjos, gentiles y verdes sauces que conmigo crecisteis, ¡cómo habréis envejecido! Rosas y azucenas de María, ¿quién las amará si existen? Aromas del lozano huerto, no volveré a aspiraros; susurradores vientos, rumoroso río... ¡no volveré a oiros!

La media noche me halló levantado en mi cuarto. Todo estaba allí como yo lo había dejado; solamente las manos de María habían removido lo indispensable, engalanando la estancia para mi regreso: marchitas y carcomidas por los insectos permanecían en el florero las últimas azucenas que ella había puesto. Ante aquella mesa abrí el paquete de las cartas que me había devuelto al morir. Aquellas líneas borradas por mis lágrimas y trazadas por mí cuando tan lejos estaba de creer que serían mis últimas palabras dirigidas a ella; aquellos pliegos ajados en su seno fueron desplegados y leídos uno a uno; y buscando entre las cartas de María la contestación de cada una de las que yo la había escrito, compaginé ese diálogo de inmortal amor dictado por la esperanza e interrumpido por la muerte. Teniendo entre mis manos las trenzas de María y recostado sobre el sofá en que Emma había oído sus postreras confidencias, sonaron las dos en el reloj: él había medido las horas de aquella noche angustiosa, víspera de mi viaje, él debía medir también las de la última que pasé en la morada de mis mayores.

Soñé que María era ya mi esposa: este castísimo delirio había sido y debía continuar siendo el único deleite de mi alma; vestía un traje blanco y vaporoso, y llevaba un delantal azul, como si hubiese sido formado de un girón de cielo; era aquel delantal que tantas veces le ayudé a llenar de flores, y que ella sabía atar tan linda y descuidadamente a su cintura inquieta, aquel en que había yo encontrado envueltos sus cabellos; entreabrió cuidadosamente la puerta de mi cuarto

y procurando no hacer ni el más leve ruido con sus ropajes, se arrodilló sobre la alfombra al pié del sofá; después de mirarme sonriendo, cual si temiera que mi sueño fuese fingido, tocó mi frente con sus labios suaves como terciopelo de los lirios del Páez; menos temerosa ya de mi engaño, dejéme aspirar un momento su aliento tibio y fragante; pero entonces esperé inútilmente que oprimiera mis labios en los suyos: sentóse sobre la alfombra, y mientras leía alguna de las páginas dispersas en ella, tenía sobre la mejilla una de mis manos, que pendía sobre los almohadones; sintiendo ella animada esa mano, volvió hacia mí su mirada llena de amor, sonriendo como ella sola podía sonreír... Atraje sobre mi pecho su cabeza, y reclinada así, buscaba mis ojos mientras la orlaba yo la frente con sus trenzas sedosas o aspiraba con deleite su perfume de albahaca.

Un grito, grito mío, interrumpió aquel sueño: la realidad lo turbaba celosa como si aquel instante hubiese sido un siglo de dicha. La lámpara se había consumido; por la ventana penetraba el viento frío de la madrugada; mis manos estaban yertas y oprimían aquellas trenzas, único despojo de su belleza, única verdad de mi sueño.

LXV

En la tarde de aquel día durante el cual había visitado todos los sitios que me eran queridos, y que no debía volver a ver, me preparaba para emprender un viaje a la ciudad, pasando por el cementerio de la parroquia donde estaba la tumba de María. Juan Angel y Braulio se habían adelantado a esperarme en él, y José, su mujer y sus hijas me rodeaban ya para recibir mi despedida. Invitados por mí, siguieron al oratorio, y todos de rodillas, y todos llorando, oramos por el alma de aquella a quien tanto habíamos amado. José interrumpió el silencio que siguió a esa ora-

ción solemne para recitar una súplica a la profesora de los peregrinos y navegantes. Ya en el corredor, Tránsito y Lucía, después de recibir mi adiós, sollozaban, cubierto el rostro y sentadas en el pavimento; la señora Luisa había desaparecido. José, volviendo a un lado la faz para ocultarme sus lágrimas, me esperaba, teniendo el caballo del cabestro al pié de la gradería. Mayo meneando la cola y tendido en el gramal, espiaba todos mis movimientos, como cuando en sus días de vigor salimos a caza de perdices.

Faltóme la voz para decir una postrera palabra cariñosa a José y a sus hijas; ellos tampoco la habrían tenido para responderme. A pocas cuadras de la casa, me detuve, antes de emprender la bajada, a ver una vez más aquella mansión querida y sus contornos.

De las horas de felicidad que en ella había pasado, sólo llevaba conmigo el recuerdo de María y los dones que me había dejado al borde de su tumba. Llegó Mayo entonces, fatigado, y se detuvo a la orilla del torrente que nos separaba: dos veces intentó vadearlo, y en ambas hubo de retroceder; sentóse sobre el césped y aulló tan lastimosamente como si sus alaridos tuviesen algo de humano, como si con ellos quisiera recordarme cuánto me había amado, y reconvenirme por que le abandonaba en su vejez.

A la hora y media me desmontaba a la portada de una especie de huerto, aislado en la llanura y cercado de palenque, que era el cementerio de la aldea. Braulio, recibiendo el caballo y participando de la emoción que descubría en mi rostro, empujó una hoja de la puerta y no dió un paso más. Atravesé por en medio de las malezas y de las cruces de leño y de guandua que se levantaban sobre ellas; el sol, al ponerse, lograba cruzar el ramaje enmarañado de la selva vecina con algunos rayos que amarilleaban sobre los zarzales y el follaje de los árboles que sombreaban las tumbas. Al dar la vuelta a un grupo de corpulentos tamarindos, quedé enfrente de un pe-

pedestal blanco y manchado por las lluvias, sobre el cual se elevaba una cruz de hierro: acerqueme. En una lápida negra que las adormideras medio ocultaban ya, empecé a leer: «María...»

Aquel monólogo terrible del alma ante la muerte, del alma que la interroga, que la maldice... que la ruega, que la llama... se hundió en aquella tumba fría y sorda, que mis brazos oprimían y mis lágrimas bañaban...

El ruido de unos pasos sobre la hojarasca me hizo levantar la frente del pedestal: Braulio se acercó a mí, y entregándome una corona de rosas y azucenas, obsequio de las hijas de José, permaneció en el mismo sitio, como para indicarme que era hora de partir. Puseme en pié para colgarla de la cruz y volví a abrazarme de los pies de ella, para darle a María y a su sepulcro, un último adiós...

Había yo montado, y Braulio estrechaba en sus manos una de las mías, cuando el revuelo de un ave que al pasar sobre nuestras cabezas dió un graznido siniestro y conocido por mí, interrumpió nuestra despedida: la ví volar hacia la cruz de hierro, y posada luego en uno de sus brazos, aleteó, repitiendo su espantoso canto.

Estremecido, partí a galope por en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche,

FIN



VOCABULARIO

de los provincialismos más notables que figuran en esta obra

Llevar al lado una C los provincialismos privativos del Cauca, y una A los de Antioquia

- Achajuanarse. — Flaquear de fatiga.
- Agregado, a. C. — Arrendatario.
- Alabar a Dios. — Dicese a guisa de saludo.
- Alfandoque, C. — Instrumento para acompañamiento de música; castuto grande con semillas por dentro que se sacude a compás.
- Angarilla, C. — Fusta de montura de dos cabezas para cargufo.
- Aparta (ganado de). — Destetado.
- Arretranca. — Retranca.
- Atramojar. — Atraillar.
- Azafate. — Aljofaina pintada, de madera.
- Bamburé, C. — Sapo muy grande.
- Barbear. — Echar a tierra una caballería asiéndola de la oreja y mandíbula inferior.
- Barbillas. — El hombre de ruín barba. Nombre que se dá a los perros y caballerías que tienen bajo la mandíbula inferior cierta clase de vello.
- Bebeco, a. — Albino.
- Bimbo, a. C. — Pavo común.

Bolero, C. — Arandela ancha que cae sobre la falda, en traje de mujeres.
 Bunde. — Cierta baile de negros.

Cabi-blanco o Belduque. — Cuchillo de cintura.
 Cabuya. — Fibra textil del aloes y el cordón con ella hecho.
 Cagüinga, C. — Mecedor.
 Cambrún, C. — Tela de lana.
 Cangalla, C. — Persona o bruto enflaquecido.
 Cansera (es). — Es perder tiempo.
 Canónigo, a. C. — Irascible.
 Carángano, C. — Instrumento que en la música de negros de los Chocoes sirve de bajo; trozo de gradua, de dos y media a tres varas de largo, con una cuerda casi de la misma longitud, sacada de la corteza y levantada sobre dos cuñas en las extremidades, la cual se golpea con un palillo.
 Castruera, C. — Instrumento músico campestre, como el que atribuye la fábula al dios Pan.
 Catanga, C. — Banasta aparente para pescar.
 Cipote. — Zanzo.
 Cochada. — Cochura.
 Coleta. — Tela ordinaria de lino o cáñamo.
 Congola, C. — Pipa.
 Conversa. — Charla.
 Crujisas (pasar). — Trabajos.
 Cucarrón. — Escarabajo.
 Cuchugos, C. — Cajas de cuero o madera que suelen llevarse en el arzón.
 Guerudo, a. — Lerdo; dicese de las caballerías.
 Chagra, C. — Haciendita.
 Chamba. — Zanja.
 Chande, chandoso. — Sarna, sarnoso.
 Chapul. — Langosta común en los prados.

Desmanchar. — Desmandarse.

Empecinarse. — Encapricharse.
 Empuntar. — Echar encaminando.

Fanfasioso, a. C. — Valentón.
 Filático, a. — Resabiado; se dice en las caballerías.
 Filote (en). — Que empieza a echar cabello; dicese del maíz.
 Follado, C. — Enagua exterior.
 Fregar. — Molestar; acepción metafórica vulgar.
 Friega, a. — Fregar.
 Fuede. — Foete, látigo.
 Futú, C. — Masa hecha con plátano verde, cocido, y caldo substancioso.
 Fullero. — Presumido.

Galindro, C. — Travesaño o asidero que tiene la canoa a uno y otro extremo de su cavidad.
 Gamuza, A. — Chocolate con harina de maíz.
 Garoso, a. C. — Hambriento.
 Gola. — Arandela de traje de mujer que rodea el busto.
 Guanábano, C. — Papanatas.
 Guango, C. — Racimo.
 Guaucho, C. — Hijo abandonado por sus padres. (Expósito). Animal aun no destetado que ha perdido a la madre.

Horrarse, C. — Defiorro. — Se aplica a vacas y otras hembras cuando se les malogra la cría. Entre jugadores, devolverse el tanto expuesto en la partida.
 Hu turutas. — Interiección de desaprobación o impaciencia.

Imposible (estar). — Imposibilitado o enfermo.
 Individual. — Idéntico, muy semejante.

Jigra, C. — Mochila grande de mallas de cabuya o de correillas de cuero crudo.

Jilo (de). — Derecho, resueltamente.

Joto, a. — Maleta.

Lajero (perro). — De alcance.

Lambido, C. — Relamido, presuntuoso.

Mácula. — Trampa, maña. Secreto.

Machetona, C. — Navaja grande de cantino.

Manatí, C. — Látigo.

Mandinga (el). — Diablo.

Manea. — Traba que se pone en las patas traseras a la vaca que se ordeña.

Maneto, a. — Deforme de una o ambas manos; se dice de los cuadrúpedos.

Mangón. — Potrero pequeño. V. potrero.

Manta. — Tela para pantalones fabricada en el país.

Manzanillo, a. — Color amarillo tiznado; se aplica a las caballerías.

Marimba. — Instrumento músico. C. Coto muy voluminoso.

Mazamorra (de ceniza). — Cierta sopa de maíz originaria de Antioquía.

Macha. — Bróma.

Mechoso, a. — Haraposo.

Medalla, C. — Onza de oro.

Melado (color). — Variedad del rucio.

Mezquinar, C. — Librar de un castigo.

Mocho, a. — Caballería mala, ó sin una oreja.

Mono, a. — Alazán dorado, color de mono. La persona de cabellos monos.

Montarrón. — Selva grande.

Montuno, a. — Montaraz.

Mote, o mute. — Maíz cocido después de pelado.

Nuche. — Gusano que se incuba en la carne. Véase don Antonio de Ulloa, «Viaje al Perú».

Napango, a. C. — Gente mestiza.

Nanga, C. — En balde.

Ojear. — Hacer mal de ojo.

Orejero. — Malicioso.

Ory verá. — Corrupción de ahora verá.

Pampear. — Palmear.

Pancho. — Zaraza ordinaria, comúnmente azul, mosqueada de amarillo o blanco.

Panela. — Panecillos, como de una libra, de azúcar sin purgar. Persona impertinente o antipática.

Patás (el). — Diablo.

Pial. — Cuerda con que se enlazan las patas traseras de una res para echarla por tierra.

Pilar (maíz). Molerlo en pilón. — Mortero grande a propósito.

Pilón. — Maza que suspendida de una cuerda o de una cadena en las puertas, sirve para tenerlas cerradas. Cilindro de madera, como un mortero, labrado en la parte superior, en el cual comen caballerías. Véase pilar. Tener o poner una caballería en pilón. Cuidarla en pesebre.

Pintón, a. — Fruta que empieza a tomar el color de la madurez.

Potrero. — Dehesa.

Potro de rienda. — Potro que aun no lleva freno.

Pringamoza, C. — Ortiga de hoja grande.

Provincia (la). — Antioquía.

Punta. — Partida, hablando de animales.

Que no, A. — Sin igual.

Quincha, C. — Cerca de madera.

Rancharse. — Obstinarsse.

Ranga. — Matalón.
 Rapadura. — Panela, en su primera acepción. Dulce de miel, caña y leche.
 Remache. — Tenacidad.
 Repostada. — Patochada.
 Retobo, C. — Cosa o persona despreciable.
 Revuelta. — Deshierba.
 Ringlete (es o parece un). — Persona oficiosa que no descansa.
 Rosillo, a. — Color resultante de la mezcla de pelo rubio y castaño; dicese sólo de caballerías.

Sacafín, C. — Alambique.
 Sancocho. — Sopa de plátano verde, carne y raíces.
 So. — Partícula proclítica insultante.
 Socoché, C. — Vasija de calabaza.
 Soche. — Piel sin pelo, de cordero, chivo o venado, curtida.

Tambarria, C. — El hecho de acosar o maltratar de seguida.
 Tasajudo, a. — Largo y flaco.
 Temático, a. C. — Que da en la tema de echar malos juicios.
 Tembo, a. C. — Aturdido.
 Tembante, C. — Altanero.
 Timanejo, a. C. — Natural del valle de Neira.
 Tiricia. — Corrupción de ictericia.
 Truncho, a. C. — Cuadrúpedo que ha perdido la cola.
 Tulpa, C. — Una de las tres piedras sobre las cuales colocan los viandantes y la gente pobre la olla para cocinar.
 Tumadillo, C. — La caída que forma la enagua exterior ciñéndola hacia adelante un poco más abajo que las interiores. También se llama así el bordado de la pretina de éstas, visible por la caída de aquélla.
 Tuso, a. — Carcomido de viruelas.

Valluco, a. C. — Véase timanejo.

Yugo. — C. — Cierta guiso.

Zamarros. — Especie de pantalones holgados de piel o canobo, que se ponen sobre los comunes para andar a caballo.

Zambo, a. — Mulato.

Zorral, C. — Importuno.

Zumbar, C. — Salir despedido. Despedir con enfado.

Zambo. — Calabozo.



A JORGE ISAACS

DESPUES DE LEER MARI/

Yo que joven me siento envejecido
 al ver de la ilusión muertas las flores,
 e insensible al placer y los dolores
 aliento un corazón endurecido.

En más de una ocasión, bardo sentido,
 intérprete fiel de esos amores,
 llorando al evocar tiempos mejores,
 he cerrado tu obra conmovido.

Dos seres que se aman y la suerte
 deja al uno abatido y angustiado
 y arroja al otro en brazos de la muerte;

he aquí en compendio la fatal historia
 que las fuentes del alma ha desbordado,
 y será el monumento de tu gloria.

JUAN B. DELGADO,

México.

EN LA MARIA, DE ISAACS

¡Un libro! Aquí lo tienes, amor mío:
es el triste poema
que en horas melancólicas de hastío,
ha hecho rodar mi llanto, ese rocío
que apaga el corazón cuando se quema.

Es un idilio de ternura lleno;
su dulce poesía
no vierte ni una gota de veneno;
es un libro bendito, un libro bueno
la historia de Efraín y de María.

Aquí los goces del amor primero,
del amor casto, puro,
de ese amor inmortal y verdadero
que se arraiga en el alma duradero
como la yedra en el ruinoso muro.

Aquí al principio encantos y belleza;
después... la negra suerte
a Efraín alejando con dureza,
y María, ya sola en su tristeza,
celebrando sus nupcias con la Muerte.

¡Ah! Nosotros cruzamos entre flores,
la Dicha nos alegra,
no sentimos cual ellos los dolores,
ni rompe nuestros diálogos de amores
el fúnebre graznar del ave negra.

Toma el libro en tus manos, amor mío,
toma el triste poema
que en esas horas lánguidas de hastío,
quizá te haga verter ese rocío
que apaga el corazón cuando se quema.

JUAN B. DELGADO.

México.

Susana

hoy

